

Fecha de recepción: 20 de abril de 2018

Fecha de admisión: 28 de mayo de 2018

Existen palabras proteicas, con capacidad para decir lo que cada cual quiera decir. Democracia, Libertad o Solidaridad son algunas de ellas, cada uno de nosotros las podemos utilizar casi sin límites para decir una cosa y también la contraria. Revolución también entraría en ese grupo de palabras con vocación inflacionista. Podemos hablar de revolución cuando hablamos de cambios políticos, económicos o sociales; también cuando aparecen nuevas costumbres o nuevos hábitos que pueden ser de más o menos amplitud. Sin embargo, solemos considerar muy correcto y apropiado este concepto cuando nos referimos a cambios políticos radicales y limitados a un tiempo concreto, generalmente breve si empleamos una perspectiva histórica. La Revolución francesa o la Revolución rusa son dos buenos ejemplos. En las revoluciones, en el sentido clásico del término, el ambiente se electrifica y cambia nuestra impresión sobre el tiempo; lo que ayer nos parecía lejano, imposible y utópico, aparece como posible, accesible...el futuro se conjuga en presente y el pasado no solo es pasado, deja de existir. Como dice Barzun: *"se multiplican los debates enconados... la gente común aprende palabras y significados nuevos, olvidan sus intereses habituales porque un solo tema impera: la idea de la Revolución"*.

Fueron periodos, el francés y el ruso, de cambios y transformaciones que sus propios protagonistas ni imaginaban hasta donde podían llegar o lo que influirían en su vida y en la de futuras generaciones. Hoy no son pocos, aún con el debate crítico provocado por historiadores franceses sobre el periodo revolucionario, los que se sienten herederos de aquellos meses en los que la esperanza se mezcló con la sangre, los derechos con el terror, los grandes hitos de la historia -libertad, igualdad y fraternidad- con encarcelamientos y asesinatos. Son menos los que haciendo un paréntesis histórico imposible se erigen en los herederos de la Revolución rusa -se obligan a buscar atenuantes a lo que sucedió después de aquella revolución que no sólo contradicen la historia, como decía anteriormente, también salen de los parámetros de la razón para justificarse-. ¡Bien, así son las grandes revoluciones! Pero yo hoy hablaré de otras más silenciosas, menos definidas, sin tiempo fijo y que sin embargo han cambiado más radicalmente las sociedades occidentales.

Podemos pensar en tres grandes revoluciones que han hecho del mundo lo que hoy es. Entre los siglos IV y V ac. en Atenas aparecieron un sinnúmero de artistas, científicos y filósofos. Hoy es el día que seguimos nutriéndonos de aquellos hombres que iluminaron no sólo esta ciudad sino en siglos posteriores a todo Occidente.

Popper con mucha elegancia y gran brillantez, nos hace ver como aquella pléyade de precursores de todas las actividades humanas coincidió con la aparición de un primitivo mercado del libro; dice el intelectual alemán: *"Cicerón en un informe asegura que es a Pisístrato a quien hay que agradecer la copia de las epopeyas homéricas... Quizás fue -sí, probablemente- él mismo el primer editor de Homero, quien introdujo el material de escribir -papiros de Egipto- y compró muchos esclavos para reproducir el texto de Homero... otros, comerciantes, siguieron su camino... Se sintieron atraídos por el hecho de que la demanda de los escritos de Homero se había vuelto insaciable... en un tiempo sorprendentemente corto se había convertido en la biblia y la cartilla de los atenienses... enseguida se publicaron otros libros... sin el mercado del libro no habría habido publicaciones"*. Relaciona así la aparición del mercado con la aparición posterior de todos

los personajes de trascendencia histórica que tenemos en la cabeza. Desde luego contribuyó a ese esplendor intelectual la acogida de conocimientos venidos desde Egipto y aún desde lugares más lejanos como la India. El tráfico de conocimientos y el mercado de libros fueron sin duda impulsores de aquel periodo milagroso de la humanidad del que todavía vivimos intelectualmente. El enriquecimiento provocado por el comercio marítimo sin duda contribuyó a crear ese marco propicio, como también lo hicieron las tensiones políticas entre la aristocracia y el pueblo. Tuviera o no razón Popper, fuera una mera posibilidad o una realidad histórica, fuera primero la aparición del mercado del libro o ésta estuviera precedida por las tensiones políticas y éstas por la prosperidad comercial, la conjunción tal vez caótica de esos factores cambiaría el mundo para siempre y desde luego las sociedades que fueron apareciendo posteriormente no se entenderían sin esa aportación.

Fue necesario que pasaran justamente mil años para poder hablar de otra revolución similar, de otros cambios tan profundos y radicales que transformaron la realidad de aquel tiempo y no es posible entender todo lo que sucedió después sin tenerlo en cuenta. A mediados del siglo XV se produjo la aparición de la imprenta. Hasta entonces y desde el desmoronamiento del Imperio Romano todo el conocimiento europeo se había recluido en las angostas y frías paredes de los monasterios medievales. Una primera edición de unas cuantas Biblias, no llegaban al centenar, fue el inicio de una larga revolución en todos los ámbitos de la sociedad europea. La influencia de las proclamas de Lutero no se puede comprender sin la imprenta. Coincidió la aparición de la imprenta con el descubrimiento de nuevos mundos (América) que ayudaron a quebrar la visión homogénea del ser humano establecida por Roma. Nuevos inventos y descubrimientos hicieron ver a los europeos de entonces que ni éramos los únicos, ni la tierra era el centro del universo -todo ello sucedió con la lentitud de aquel tiempo y de forma caótica: la Reforma religiosa, la Contrarreforma, las guerras de religión, la aparición de los estados-nación...-. Todo parecía conjurarse para dejar atrás las visiones monolíticas impregnadas de religiosidad para sustituirlas poco a poco, lentamente, durante siglos, por la pluralidad y el relativismo científico: el latín fue sustituido por las lenguas nacionales, el imperio espiritual de aroma por naciones diversas que rápidamente se irían constituyendo en estados. La diversidad religiosa terminó imponiendo la tolerancia política después de guerras terribles y de la destrucción de media Europa. De una u otra forma también somos herederos muy directos de aquella revolución que produjo otras en el ámbito político, en el ámbito cultural y también en el económico y en el social durante los siglos posteriores.

Considero que vivimos una revolución de dimensiones parecidas a las que he descrito a galope y con una generalización muy grosera pero no menos cierta. Como en las revoluciones precedentes los que la estamos viviendo no nos percatamos realmente de los cambios que se están produciendo, consumimos nuestra energía en intentar adaptarnos a unas transformaciones que están modificando la economía, la política, la cultura o nuestra forma de relacionarnos con el poder o entre nosotros. Y todo con características que ponen en duda, tal vez como nunca ha sucedido en la historia, nuestra capacidad de comprensión, de asimilación, por la vertiginosidad con la que asistimos a lo nuevo. Dice el Eclesiastés: "*lo que fue será, lo que se hizo se hará*"; sin embargo, tal vez estemos ante la impugnación a una afirmación que ha sido válida durante siglos. "*El mundo no está cambiando radicalmente, está empezando a funcionar de manera diferente...y esta remodelación está ocurriendo más rápidamente de lo que hemos sido capaces de remodelarnos nosotros mismos, nuestros líderes, nuestras instituciones, nuestras sociedades y nuestras elecciones éticas.*" dice Dov Seidman .

Todos los aspectos de nuestra vida, los públicos y los privados, cambian radicalmente, también el espacio público no es el mismo de hace unos años y no tendrá nada que ver con la forma de organizar la vida pública en un futuro no tan lejano como algunos piensan. El Estado democrático que conocemos apareció con todas sus características y en su plenitud después de la Segunda Guerra Mundial. Su base socio-política fue un acuerdo de clases. En realidad su origen fue, como siempre que hablamos de grandes logros en el espacio público, una histórica renuncia de las clases protagonistas del acuerdo: mientras la clase trabajadora organizada en partidos y sindicatos aceptaba el principio del libre mercado, la burguesía aceptaba el derecho a huelga de los trabajadores que no es más que la

institucionalización de la lucha de clases. Todo con limitaciones, con perfiles institucionales claros, quitando a ambos sus contenidos más radicales y explosivos. Si al principio del libre mercado se imponía una acción limitativa por parte del Estado, que por otro lado institucionalizaba un sistema de bienestar cada decenio más amplio y sólido, a la lucha de clases se le ponían los límites que conocemos y se reducía a un conflicto generalmente de naturaleza económica y que se desarrollaba en el ámbito empresarial.

Todo iba a satisfacción de las sociedades occidentales: la seguridad y la estabilidad que suponía el acuerdo de clases permitió durante décadas enriquecimiento y disminución de las desigualdades sociales. Pero desde hace un tiempo las clases han ido perdiendo su coherencia, la homogeneidad que las hacía en cierto modo previsibles, razonables y sería un inmenso error situar el origen y la causa única de esa difuminación en la crisis económica del 2008 que asoló Occidente. La deslocalización provocada por una globalización incipiente, los nuevos métodos de producción, la revolucionaria tecnificación de los procesos productivos, el avance imparable de nuevos procesos tecnológicos en las empresas repercutían, desde hace unas pocas décadas, inexorablemente en la configuración de las clases en Occidente (no tiene nada que ver esta realidad con el incremento relativo de la pobreza o de la desigualdad, son cuestiones distintas y, como podemos ver, compatibles).

El debilitamiento de los perfiles de clase enseguida repercutió en sus instrumentos de participación en el espacio público: los partidos políticos. Así desde hace unos años venimos hablando de la crisis de los partidos políticos. Ya no podemos decir que un ciudadano, casi desde la cuna al último suspiro, desarrollará toda su acción política alrededor de un partido socialdemócrata como se podía decir hasta la séptima década del siglo pasado. Las voluntades cambian, los objetivos son distintos según qué edad se tenga, las ofertas políticas son más variadas y en gran medida efímeras... la desconfianza hacia el sistema, que ha perdido la capacidad integral que se le suponía, ha aumentado a medida que las clases han ido perdiendo su homogeneidad. Entre tanto han aparecido formaciones de naturaleza desconocida durante los años dorados del Estado de Bienestar. La inseguridad, inherente a todos los cambios, se ha adueñado de una gran parte de la sociedad y los nuevos protagonistas la utilizan según sus objetivos. Tenemos buena prueba de todo ello en cualquier país próspero de occidente.

Cierto es que en cada país vivimos los cambios con nuestra propia forma de ser y condicionados por nuestra historia. Los españoles, siempre con tendencia a un pesimismo que oscila entre la coquetería y el fatalismo nihilista, creemos que nuestra crisis es única; pero estamos equivocados, nuestra crisis, en una medida muy grande, tiene las mismas causas que las de nuestro entorno: deslegitimación de las instituciones, frustración de la sociedad, incapacidad de los políticos para enfrentar la crisis, decaimiento de las esperanzas puestas en un Estado de Bienestar que parecía poder con todo y no llega a dar la satisfacción generada por una demanda radical, imperiosa y universal generada por la revolución tecnológica, que ofrece la posibilidad de tenerlo todo y en el momento. En la dulce, pacífica y serena Gran Bretaña sus ciudadanos, cautivados por cánticos del viejo imperio, han decidido no compartir con el resto de los países de la UE la más grande de las apuestas realizadas por la humanidad: hacer de numerosos Estados-Nación con una larga historia de guerras un único sujeto político y conseguirlo por medio de la palabra y de los acuerdos. En los países del norte de Europa los partidos políticos nacionalistas, contrarios a la Unión, pugnan por volver a las viejas fronteras para refugiarse de fenómenos globales que no comprenden

En la Francia republicana y cosmopolita, cuna de los derechos del hombre, sólo el sistema electoral impide que casi la mitad de sus representantes pertenezcan al partido de Marie Le Pen y todo ello a costa de la casi disolución de las alternativas moderadas canónicas. La irrupción de Macron, de signo contrapuesto a las alternativas xenófobas, es un claro ejemplo de los cambios políticos; positivos desde luego, pero claramente es una expresión de las novedades que se avecinan. En EEUU Trump, después de vencer en las primarias a todas las familias políticas tradicionales de la derecha americana, derrotó a Hillary Clinton, la expresión más cabal de la tradición política estadounidense.

Todo parece ir cambiando a un ritmo acelerado y sin que seamos muy capaces de condicionar los acontecimientos. Los populismos de derechas y de izquierdas aparecen por las grietas del sistema y coinciden en devaluar el valor de las leyes de las instituciones y de los que hasta hace muy poco tiempo parecían inamovibles principios cívicos. En nuestro país la expresión de la crisis se ha desarrollado con el nacionalismo catalán - deslegitimación de las leyes , enfrentamiento con el Estado y aún con la UE , ofertas políticas irrealizables , promesas utópicas de seguridad en un país inventando - y el populismo de Podemos - impugnación global del sistema del 78 , discurso anti- sistema , sustitución al estilo peronista de las clases sociales por la gente o la referencia simple al estilo del argentino Ernesto Laclau a " los de arriba y los de abajo " . Parece que mientras el sistema ha sido capaz de resetear el peligro de Podemos no lo está consiguiendo con un independentismo impetuoso, inflexible y que ha planteado la cuestión sin posibilidades de alternativas realistas.

En la nebulosa de lo desconocido es aventurado predecir por dónde irá la política en los próximos años. Creo que la diferencia entre los sectores políticos se establecerá entre los que están dispuestos a disminuir los aspectos negativos de la globalización y los que volviendo al pasado o dando saltos en el vacío, se enfrenten a ella. Cuando todo es confuso el " factor humano " se convierte en indispensable; la política actual, más que nunca, debe concitar la verdad, la responsabilidad y la ilusión. Es más, cuando la adaptación se hace difícil sólo un sólida base ética puede permitirnos sobrevivir con esperanza. Vendrán tiempos en los que la adaptación a los cambios se producirá y esos nuevos tiempos seguro que pasan por una mayor capacidad para decidir de los ciudadanos, un mayor respeto a las instituciones, un incremento paulatino , pero también incontenible , proceso de disminución de las desigualdades y una ampliación de los derechos individuales y sociales. Nuestro reto, el de España y el de Europa, es mantenernos entre esas sociedades capaces de innovar y a la vez de adaptarse a las novedades; es posible pero reconozcamos que las dificultades son y serán muchas.